



DISCODURO
ALEJANDRO JIMÉNEZ

PAN: ¿refundado o refundido?

El Partido Acción Nacional atraviesa su crisis más profunda desde su fundación hace 85 años. Hoy pretenden revertirla refundando el partido con una dirección incierta: ¿populismo de derecha, neoliberalismo reloaded, doctrina social cristiana, socialdemocracia de centro, gatopardismo neutro? Se sabrá al rato en su ceremonia del Frontón México.

Los números no mienten. Con apenas 9.64 millones de votos —equivalentes a 16 por ciento del total nacional—, el PAN quedó muy por debajo del umbral que alguna vez lo colocó como primera fuerza de oposición y, más tarde, como partido gobernante. En 2018 había obtenido 9.99 millones de sufragios (17.6 por ciento); hoy, ni siquiera alcanza a mantener su propio piso histórico.

La alianza con el PRI y el PRD —rebautizada en 2024 como Fuerza y Corazón por México— tampoco logró contener la sangría. En la elección federal de diputados, el bloque opositor pasó de 19.3 millones de votos en 2021 (39.5 por ciento) a apenas 16.7 millones (30 por ciento) en 2024. En contraste, Morena y sus aliados crecieron hasta 54 por ciento de la votación, consolidando un dominio que parece irreversible en el corto plazo.

En el Congreso, la debilidad panista es inculcable: el partido se quedó con aproximadamente 69 diputadas y diputados federales, le-

jos de los 14 que tuvo en la legislatura previa, y con apenas 14 senadores frente a los más de 20 que llegó a tener en su mejor momento. La bancada azul es hoy una sombra de lo que fue.

A esta fragilidad electoral se suma una pérdida acelerada de militancia. De acuerdo con el registro oficial del INE, Acción Nacional cuenta con 277 mil 665 militantes activos, apenas 21 mil por encima del mínimo legal de 256 mil 030 requerido para conservar su registro nacional.

El dato es demoledor: en año y medio, el partido no ha captado un solo nuevo afiliado en más de mil 500 municipios. En los comités estatales y municipales, el discurso de “renovación” suena hueco: ni jóvenes ni nuevos liderazgos están llegando.

Pero la erosión del PAN no se explica sólo con cifras. Su crisis es también moral y narrativa. Dos escándalos lo persiguen con fuerza y Morena ha sabido capitalizarlos. El primero, el del exsecretario de Seguridad Pública Genaro García Luna, condenado a 38 años de prisión en Estados Unidos por vínculos con el Cártel de Sinaloa. Aunque el PAN insiste en que “no fue militante”, su paso por el gobierno de Felipe Calderón dejó una mancha indeleble.

El segundo caso, el del llamado “Cártel inmobiliario” en la Ciudad de México, tiene al partido en una posición incómoda. Morena



acusa a varios exfuncionarios panistas —entre ellos Santiago Taboada, alcalde con licencia de Benito Juárez— de encabezar una red de favores y permisos irregulares para desarrolladores. Más allá de los procesos judiciales, el tema ha calado en la percepción pública: para buena parte del electorado, el PAN pasó de ser “el partido de los valores” a uno más en la larga lista de los beneficiarios del poder.

La alianza con el PRI —instrumento que buscó la supervivencia electoral— terminó por agravar la crisis de identidad. Los propios aspirantes a dirigir al PAN reconocieron tras la elección que fue un “fracaso brutal”, y la militancia se pregunta si tiene sentido seguir cargando con socios que ya no suman votos ni prestigio.

Acción Nacional enfrenta así un dilema existencial. Sin una renovación profunda, sin apertura real a nuevas generaciones y sin deslindarse de sus viejas sombras, corre el riesgo de convertirse en un partido testimonial. Su historia comenzó como una alternativa moral frente al sistema; hoy, parece atrapado en el mismo pantano que prometió limpiar.

Y en política —como en la vida— nadie sobrevive sólo de recuerdos.

ROBERTO HERNÁNDEZ

ajlmenez@oem.com.mx